

Una característica fundamental de la sala es que el tiempo de reverberación total se encuentra situado entre 350 y 400 milisegundos. Conseguirlo exige un arduo trabajo de ajuste con elementos activos y pasivos.

incluso de la limitación de volumen por vía, opción esta última particularmente útil por cuanto constituye una eficaz protección para los transductores de las cajas acústicas cuando se las hace trabajar a niveles de presión sonora elevados... lo habitual en un estudio de grabación).

Como se puede deducir fácilmente, las cajas acústicas de nuestro equipo trabajan en modo activo, lo que nos lleva a otra de las grandes sorpresas de la instalación: el hecho de que las cajas acústicas hayan sido construidas con transductores que, según nuestro anfitrión, son de calidad "normal y corriente" y origen alemán. De hecho, en ellos prima la relación calidad/precio, un parámetro para el propietario del equipo pone como ejemplo las reputadas electrónicas de su adorada Rotel y que constituyen la parte "muscular" del equipo. A nivel de sistema, el esquema de carga seleccionado es un diseño bass-reflex filtrado concebido por nuestro anfitrión en el que se ha buscado la minimización del denominado, en los ambientes del audio "pro", "efecto de sostenimiento", es decir el realce y la reverberación asociados a los puertos bass-reflex "abiertos" cuando se trabaja a niveles de presión sonora elevados.

Para rematar el carácter "rompedor" de nuestra instalación, la fuente utilizada es extremadamente sencilla y sobre el papel, muy superada: nada menos que un reproductor de discos compactos Sony CDP-X229ES con un montón de años a cuestas y que piensa reemplazar en breve por un modelo equivalente de la antes citada Rotel.

Volviendo a las electrónicas de control y ataque, tenemos un previo RC-1070 de Rotel y tres etapas de potencia estereofónicas RB-1070 de la misma marca... en suma, nada especialmente opulento aunque sí reconocidamente musical.

Las electrónicas mencionadas descansan sobre un mueble de la reputada Atacama mientras que los cables empleados son RCA en lo que respecta a interconexión y de 4 mm cuadrados de sección libres de oxígeno en lo que concierne a la conexión de las cajas acústicas. Como ven, no hay conexiones balanceadas ni tampoco elementos audiófilos a la vista. Pura sobriedad "pro" pero bien pensada y que, se lo aseguro, permite rentabilizar hasta el último céntimo invertido y hasta la última nota de cada grabación.

No puedo finalizar esta crónica sin hacer referencia a la colección de instrumentos musicales y componentes de grabación del propietario de nuestro equipo, estacando especialmente los grabadores de cinta JH-110C-8 (8 pistas de 1") y JH-110B (2 pistas, 7") de la firma MCJ, así como una preciosa guitarra acústica Gretsch Synchronomatic (origen estadounidense) que data del año 1950.

¿Mejoras? No me atrevo a sugerir nada en especial a la vista del carácter decididamente heterodoxo —para los perfeccionistas del sonido "tradicionales"— aunque está claro que cualquier cambio en los transductores, en la fuente (ya previsto), las electrónicas de ataque e incluso en los cables podría mejorar aún más los resultados globales.

La escucha lo que oyen los músicos en el estudio de grabación



Debo reconocer que, de entrada, la primera sensación que uno tiene cuando entra en el "santuario" de nuestro anfitrión es de ligera ausencia de presión sonora, un poco como en una cámara anecoica. La verdad es que me sentía un poco extraño pensando que estaba en casa de un aficionado normal y corriente y no en un entorno "pro" (que, no obstante, sí me lo recordaba la puerta inconfundiblemente "de estudio" que sellaba la estancia).

¿Y bien? Pues fantástico, la verdad. El equipo sonaba divino, sin coloraciones, con unos transitorios de auténtico impacto, con unos graves perfectamente controlados cuya pegada se asemejaba a la de un buen directo y con unos agudos realmente cristalinos, ricos y nada chillones. Y todo ello con una fuente digital de lo más normal, sin giradiscos de elite ni servidores de música rebosantes de grabaciones de "de calidad de estudio". No me cabía la menor duda de que eso es lo que escuchaban los creadores de cada disco cuando les presentaban la versión final de las pertinentes sesiones de grabación. Y sinceramente, a mí este tipo de estética sonora siempre me ha gustado mucho aunque la sensación de amplitud espacial, de tridimensionalidad que acompaña a las mejores interpretaciones en vivo estaba limitada. En el fondo, se trataba de una cuestión de concepto pero les aseguro que la escucha del fabuloso "The Dark Side of The Moon" de los míticos Pink Floyd tenía exactamente la personalidad que a mí me gusta: nada de decaimientos excesivos, nada graves hinchados y nada de agudos ni voces metalizados. Una auténtica maravilla. Y lo mismo vale para todo lo que pude escuchar en la poco más de una hora que estuve en esa muy particular sala de escucha. Me quedé con las ganas de disfrutar de una buena sesión de Beethoven o Wagner, pero extrapolando lo que experimenté con las grabaciones de música pop no resulta difícil imaginar que los resultados serían similares. En suma, toda una revelación en el planteamiento de la escucha musical.